



Aposta. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1696-7348
apostadigital@hotmail.com
Luis Gómez Encinas ed.
España

Andreatta, María Marta; Martínez, Alejandra
Alimentación cotidiana y normas de género: un etnodrama
Aposta. Revista de Ciencias Sociales, núm. 73, 2017, Abril-Junio, pp. 9-29
Luis Gómez Encinas ed.
España

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=495953924001>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

***ALIMENTACIÓN COTIDIANA Y NORMAS DE GÉNERO:
UN ETNODRAMA***

FOOD IN EVERYDAY LIFE AND GENDER NORMS: AN ETHNODRAMA

María Marta Andreatta y Alejandra Martínez

*Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad,
Universidad Nacional de Córdoba, CONICET, Argentina*

Recibido: 15/07/2016 - **Aceptado:** 18/10/2016

Formato de citación: Andreatta, M^a M. y Martínez, A. (2017).
“Alimentación cotidiana y normas de género: un etnodrama”.
Aposta. Revista de Ciencias Sociales, 73, 9-29,
<http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/andreatta.pdf>

Resumen

El objetivo de este artículo fue reflexionar sobre la relación entre alimentación cotidiana y normas de género en la Argentina contemporánea utilizando el *etnodrama*, un enfoque de investigación cualitativa enmarcado en la corriente denominada *etnografía performativa*. A partir del análisis desarrollado encontramos que en la resolución de la alimentación cotidiana al interior de los hogares, la participación masculina se construye en torno a la figura del *varón-ayudante* que se complementa con la de *mujer-pilar-del-hogar* quien, por supuesta naturaleza, se asume como la principal responsable de la casa y los hijos. Esta línea de razonamiento contradice las afirmaciones que subrayan situaciones de equidad o justicia en la distribución de las tareas domésticas y muestra cuán profundamente incorporados tenemos mujeres y varones los aprendizajes transmitidos por generaciones.

Palabras clave

Alimentación cotidiana, cocina, normas de género, etnografía performativa, etnodrama.

Abstract

The purpose of this article was to reflect on the link between food in everyday life and gender norms in contemporary Argentina by using ethnodrama, a qualitative inquiry approach framed in performance ethnography. The analysis showed that male participation in everyday food within households is built around the figure of the male-helper, which is complemented by the women-pillar-of-the-home who, for alleged nature, it is assumed as the main responsible for the house and the children. This reasoning contradicts assertions that point out equity or fairness in the distribution of household chores, and also shows that gender norms transmitted through generations still are deeply incorporated both in women and men.

Keywords

Food in everyday life, cooking, gender norms, performance ethnography, ethnodrama.

ANTES DE LA INTRODUCCIÓN...

Sentadas en un café, planeando escribir este artículo, nos viene a la mente la imagen de nuestras abuelas y madres, envueltas en delantales que exhiben manchas de comida de varias Eras de antigüedad, aleccionándonos para que dejemos de meter el dedo en la masa cruda (que nos va a doler la panza, dicen). Los olores de la cocina, el calor del fuego y la humedad que emana de la cacerola, los restos de crema azucarada que se mendigan y saborean directamente del batidor... la presencia femenina, una y otra vez.

Y las tías cocinando para la cena de Navidad, mientras las sobrinas ponen el mantel y los cubiertos que se usan para las visitas... “¡Faltan sillas! ¡Falta una mesa! ¡Llamalo a tu tío, que tiene fuerza, decile que venga!” Y, entonces, aparecen los hombres, grandes y chicos, para cargar (con sus músculos) aquello que se supone que las mujeres no pueden y llevar hasta el patio el tablón que sirve para las fiestas y las sillas, que no son del juego, pero que están bien para sentarse. Y luego, habiendo cumplido con la tarea de trasladar las cosas pesadas al patio, los varones salen a la calle para ocuparse de alistar la pirotecnia, cuestión que demanda pericia, técnica, manejo de la pólvora, orientación

cardinal, conocimientos acabados sobre la dirección del viento y la altura del tejado del vecino.

Y, en la cocina, las mujeres se acaloran mientras sacan las papas del horno y sazonan la ensalada. Allí, en ese reducto de calor y humedad que nos viene a la memoria, lleno de aromas y conversaciones...

la ausencia masculina es flagrante.

1. INTRODUCCIÓN

En este artículo nos proponemos analizar el espacio simbólico de la mujer como-responsable-de-la-alimentación-cotidiana al interior de los hogares, como una representación social legitimada que, sobre todo en nuestras sociedades de raíz latina, perviven aún cuando la división del trabajo contemporánea indica que los varones se acercan cada vez más al ámbito –prohibido para sus ancestros– de la reproducción del hogar y la familia.

Históricamente, los géneros se han dividido de acuerdo a normas tácitas, reproducidas de generación en generación, que han señalado categorías opuestas y complementarias para varones y mujeres. Dichas clasificaciones tienden a orientar las percepciones de los sujetos sobre sí mismos y los otros. Y, al incorporar estas divisiones como válidas e indiscutibles, por considerarlas naturales, las personas tienden a asumir determinados roles de acuerdo a su sexo biológico.

Tradicionalmente, a la mujer se le ha asignado el llamado rol de reproducción, que involucra la gestación y el parto en los aspectos fisiológicos pero, además, actividades relacionadas con el cuidado de otros: los ancianos, los enfermos, los hijos e hijas y la pareja. Considerada como principal responsable de la crianza de los hijos, por depositársele competencias asociadas con la expresión de la emotividad y la intuición, se la ubica además en el polo de lo pasivo –la *espera*, en contraposición a la acción–, lo doméstico y la dependencia económica (Carbonero Gamundí y Levin, 2007).

Al varón, en cambio, se lo ha ubicado socialmente en el espacio productivo, que involucra la provisión del hogar, el uso de la fuerza en defensa de sí mismo, el hogar y la familia y, en consecuencia, la habilidad –innata– para el manejo de las armas, los artefactos y la técnica. Dichos ámbitos, normalizados simbólicamente, asignan al varón los espacios de la independencia, la actividad y la racionalidad (Guasch Andreu, 2003; Montesinos, 2002; Valcuende del Río y Blanco López, 2003).

Tales comportamientos e identidades, incorporados por los agentes sociales desde muy temprana edad, constituyen modelos que los definen socialmente como varones o mujeres, en identidades definidas de manera relacional y dicotómica: se es varón y no se es mujer, y viceversa (Fraser, 1997). Y ser mujer, conquistadas dos Olas Feministas, sigue representando, en el espacio simbólico, la vinculación naturalizada de la cuidadora, ama de la cocina, gestora de la emotividad volcada, sobre todo, en los hijos e hijas y portadora de un instinto maternal que parece no dar espacio para discusiones superadoras.

Por ello, es habitual que se establezca una estrecha relación entre “alimentación cotidiana y mujeres, así como entre prácticas y representaciones alimentarias e identidades de género” (Gracia Arnaiz, 2009: 210). Son las mujeres quienes históricamente han estado a cargo de alimentar a su familia, a excepción de las pertenecientes a las clases privilegiadas (Gracia Arnaiz, 2009), quienes, no obstante, tienden a delegar las tareas relacionadas con el mantenimiento del hogar –incluyendo la preparación de los alimentos– a otras mujeres –empleadas domésticas– y siempre bajo su supervisión.

Y no es que los varones no se ocupen de tareas vinculadas a la alimentación cotidiana o que no cocinen. Muchos lo hacen e invierten un tiempo importante en ello. Sin embargo, estas actividades tienden a considerarse –tanto por los varones como por las mujeres– como una “colaboración” o una “ayuda”, y no un compromiso compartido equitativamente o que los hombres puedan asumir por completo (Gracia Arnaiz, 2009, 2014; Martínez, 2016).

En este escrito reflexionaremos sobre la relación entre la alimentación cotidiana y las normas de género en la Argentina contemporánea utilizando el etnodrama, un enfoque de análisis y presentación de resultados enmarcado en la corriente denominada *etnografía performativa*. A partir de dicho abordaje buscaremos arrojar luz al fenómeno estudiado desde una mirada que privilegia la relación entre lo individual y lo social a partir de técnicas que pretenden *mostrar*, en lugar de *decir*; promoviendo un compromiso académico, personal y político.

2. ETNOGRAFÍA PERFORMATIVA Y ETNODRAMA

La etnografía performativa es una estrategia de investigación que reúne y pone en práctica los conceptos y métodos de dos reconocidas tradiciones disciplinarias: los *estudios de la performance* y la *etnografía*. De la *etnografía* recupera la técnica de observación participante y el propósito de comprender fenómenos culturales capturando las interacciones de los sujetos en los espacios sociales que los contienen. Los *estudios de la performance* introducen elementos provenientes de las ciencias sociales en sentido amplio, así como del teatro, la literatura, entre otras expresiones artístico-creativas (Alexander, 2013; Given, 2008). Tiene como finalidad explorar el comportamiento de los sujetos –el cual es considerado performativo por ser “construido, representado, emergente, repetible y subversivo desde el punto de vista social” (Alexander, 2013: 99)–, así como se observa en la vida real.

Desde esta perspectiva, la acción humana es equiparada a un evento teatral (Given, 2008); una actuación cultural que reproduce dimensiones socioculturales de una comunidad específica y, al mismo tiempo, las construye (Alexander, 2013). La búsqueda de la etnografía performativa podría definirse entonces como la descripción e interpretación de la cultura pero no de un modo exclusivamente intelectualizado, sino personificado y encarnado, mediante el *hacer*, y valiéndose de disciplinas artísticas. Así, Tedlock argumenta que “la actuación está en todas partes en la vida” y, entonces, la dramatización constituye una forma de etnografía, en tanto crea y representa textos morales que muestran y describen los fenómenos sociales, y que también tiene el potencial de producir “una respuesta empática y un análisis político profundamente comprometido” (2013: 204).

Según Denzin (2003b), la etnografía performativa promueve una epistemología de tipo experiencial y participativa, exaltando la intimidad y el involucramiento como estrategias en la búsqueda del entendimiento, privilegiando la vulnerabilidad hacia las propias experiencias y las de los otros. Asimismo, supone una forma de concebir la investigación en la cual confluyen contexto, agencia, praxis, historia y subjetividad (Denzin, 2003a). En este sentido, propone entonces una [auto]etnografía performativa donde el límite etnógrafo-participantes se torna borroso, en la búsqueda de “textos que se muevan desde las epifanías al despertar de la memoria, desde lo personal a lo político, desde lo autobiográfico a lo cultural, desde lo local a lo histórico” y “que muestren cómo las personas dan dignidad y significado a sus vidas”, a la vez que otorguen una visión utópica y esperanzadora “de cómo las cosas podrían ser mejores y diferentes” (Denzin, 2014: 25). La etnografía performativa es “una manera política y moral de ser y estar en el mundo; un discurso moral” (Denzin, 2015: 226), así como un método que pone a “funcionar la imaginación crítica sociológica y sociopolítica para comprender la política y las prácticas que moldean la experiencia humana” (Denzin, en Alexander, 2013: 95). En consecuencia, desde esta perspectiva “no es suficiente hacer solo etnografía o investigación cualitativa. Por supuesto que intentamos comprender el mundo, pero demandamos una política performativa que lidere el camino hacia un cambio social radical” (Denzin, 2015: 227).

Podemos decir entonces que la etnografía performativa tiene como objetivo criticar y desafiar sentidos naturalizados; invitar a un diálogo ético, a la vez que clarificar reflexivamente una posición moral; engendrar resistencia, a la vez que ofrecer pensamientos utópicos acerca de cómo las cosas pueden ser diferentes; mostrar, en lugar de decir, subrayando la regla que indica que “menos es más”; exhibir suficiencia interpretativa, adecuación representacional y comprometerse política, funcional y colectivamente. Escribir etnografía performativa encierra la convicción férrea de que no es posible garantizar una absoluta certeza metodológica en las ciencias sociales, que toda investigación da cuenta del punto de vista del investigador, que toda observación está cargada de teoría y que no hay posibilidad de construir un conocimiento despojado de valores. Este género demanda tomar conciencia de que toda investigación implica cuestiones políticas, morales y éticas (Denzin, 2014).

En tanto estrategia de investigación, la etnografía performativa puede utilizarse en: a) la generación o recolección de datos, b) en el análisis, y c) en la presentación de los resultados; es decir, en todas las etapas del proceso investigativo. Así, los límites entre el trabajo de campo, el análisis de los datos y la presentación de los resultados tenderán a desdibujarse.

a) En la instancia de recolección o generación de datos, el etnógrafo performativo puede estudiar o provocar sucesos que le permitan la observación y participación en eventos culturales concretos de la vida real o que estén siendo dramatizados. Constituiría un ejemplo la producción de una obra de teatro que involucre a los participantes de un trabajo de investigación. Esta modalidad propone un modo alternativo de producir conocimiento y comprender la realidad, a partir de diálogos que emergen de forma “espontánea, intuitiva, tácita, experiencial, encarnada y afectiva, más que simplemente cognitiva” (Given, 2008: 609).

b) La producción de una obra de teatro –avanzando en el ejemplo anterior– involucra el análisis interpretativo de lo que se genera en su puesta. Encarnando un personaje, el actor *vive* paralelamente en dos planos: como sujeto ficcional de la dramatización y como observador desde el mundo real. Moverse con fluidez entre dichos planos, dialogando con los aportes teóricos que sirven como marco orientador a la investigación, permite al actor –ya sea estudiante, investigador social o participante– otorgar al fenómeno social sentidos que de otro modo no podrían capturarse. Así, la etnografía performativa se piensa y lleva adelante tanto como una estrategia de recolección y generación, como de análisis e interpretación de datos (Given, 2008).

c) Given sugiere que el etnodrama es uno de los tipos de etnografía performativa más ampliamente utilizados para la presentación de resultados, ya que ha sido aceptado por los investigadores como medio para “involucrar audiencias diversas de una forma tanto empática, emocional y encarnada como intelectual”

(2008: 610) [¹]. Autores como Alexander (2013) y Tedlock (2013) apuntan mayormente al teatro como modo privilegiado de representación en una etnografía performativa. No obstante, es también usual que los resultados de la investigación se presenten a partir de otros modos de expresión cultural tales como la narración ficcional o la poesía (Martínez, 2015; Tilley-Lubbs, 2011).

Para desarrollar nuestra reflexión en torno a la relación entre alimentación cotidiana y normas de género hemos elegido el etnodrama como estrategia de análisis y presentación de los datos obtenidos a partir de entrevistas en profundidad realizadas entre los años 2011 y 2014 a adultos jóvenes de clase media residentes en la ciudad de Córdoba, Argentina. Es por ello que, a continuación, expondremos brevemente algunos aspectos básicos de su utilización en la investigación social.

Saldaña (1999) identifica una serie de puntos claves en la elaboración de un etnodrama: en primer lugar, la reducción de los datos producto del trabajo de campo –entre otros, notas de campo y transcripciones de entrevistas– que serán analizados, para avanzar entonces en la asignación de códigos *in vivo*. De dicho proceso emergerán categorías de mayor abstracción que constituirán luego los ejes del texto dramático. Los personajes –que pueden ser uno o varios– constituyen otro de los aspectos clave en un etnodrama. La transcripción de una entrevista tomada a una sola persona es plausible de ser convertida en un monólogo en el que se incluirán, por ejemplo, las reflexiones en torno a las categorías obtenidas en instancias previas. Si los personajes del etnodrama son múltiples, sus voces pertenecerán a las personas entrevistadas cuyas narraciones se consideren más relevantes en relación a la temática abordada. En el guión también se incorporarán, orgánicamente, aportes teóricos que se hayan pensado como marco general para los objetivos de la investigación.

El investigador podrá sumar o no su voz como personaje en el etnodrama. Si es así, su rol podrá ser principal o secundario y deberá decidir en qué medida se relacionará con otros personajes. En este sentido, Alexander (2013) plantea que, en el marco de la etnografía performativa, es posible distinguir al menos dos modalidades en las que quien investiga se introduce en la representación: un etnodrama en el cual encarna y da

¹ Saldaña (en Given, 2008) distingue *etnoteatro* de *etnodrama*. Describe al primero como la actuación viva de un texto performativo y al segundo como un guión desarrollado por el escritor.

voz a *otros*, asumiendo un papel secundario, sin involucrarse del todo en la acción principal, y un etnodrama en el que el investigador ocupa el rol principal, constituyendo entonces un tipo de *autoetnografía*. Esta última es definida como “una práctica etnográfica internalizada” (Alexander, 2013: 115) en la que el etnógrafo presenta –expone– su experiencia personal con la finalidad de articularla críticamente con la cultura en la que se encuentra inserta. Es un género que demanda el habla en primera persona ya que quien escribe presenta al lector sus sentimientos, experiencias propias, temores, y se convierte así en un agente social similar al que observa. Denzin sugiere que uno de sus objetivos centrales es “escribir reflexivamente el *self*, dentro y a través del texto etnográfico”, en la búsqueda “del espacio donde confluyen memoria, historia, *performance* y significado” (2014: 22).

Finalmente, cabe destacar que, de acuerdo con Denzin, los textos performativos son “creativos, apasionados, viscerales y cinéticos; se focalizan más en el proceso que en el producto; son críticamente reflexivos por parte del investigador, y experimentan con las formas, incluyendo al arte popular”. Los describe también como “textos abiertos, con múltiples significados” que “posibilitan el diálogo con los participantes, atraen a audiencias diversas y dejan planteadas preguntas en lugar de formular conclusiones” (en Given, 2008: 610). Es en este sentido que desarrollamos el etnodrama que presentamos a continuación.

3. ÉL ME AYUDA EQUITATIVAMENTE

Personajes (en orden de aparición)

Profesor de cocina

Facundo

Laura

Sarah Bowen (voz en *off*)

Sinikka Elliott (voz en *off*)

Joslyn Brenton (voz en *off*)

Marcela

Nicolás

Ema

Alejandra
María Marta
Emilia
Mabel Gracia Arnaiz (voz en off)

Atención: en esta puesta los efectos de iluminación son de suma importancia.

(Nota para el director: cuando se escuchan voces en off, las luces sobre el escenario se atenuarán ligeramente y los personajes continuarán en silencio trabajando en sus respectivas tareas. Al finalizar el off la iluminación se intensificará para reanudar la escena).

Se encienden los reflectores para iluminar una gran cocina. Seis personas están de pie junto a unas mesas altas y miran a la audiencia. Una séptima persona se encuentra junto a un pizarrón que dice “Cocina mediterránea”. Todos llevan delantales blancos y gorros de cocinero. Sobre las mesas hay vegetales variados: cebollas, tomates, ajos, pepinos, pimientos, como así también diversos utensilios de cocina.

Profesor: Bueno, ahora que cada uno de nosotros se ha presentado, vamos a comenzar con la primera receta de nuestro curso: gazpacho. Por favor, pelen y corten las verduras en pequeños cubos. Y los invito a divertirse: la cocina debe ser un espacio de disfrute y de creatividad.

Los seis aprendices toman sus cuchillos y ponen manos a la obra. Hablan, interactúan, pero no se miran entre sí. Siempre dirigen la vista a la audiencia.

Facundo: Es cierto que cocinar puede ser entretenido. Cuando yo era soltero cada tanto les hacía un asado a mis amigos y tomábamos vino y charlábamos. Y ahora que me casé y tengo una nena chiquita, ayudo con la cena algunos días. Mi señora es investigadora en la universidad y docente, así que trabaja muchas horas y yo, por ahí, le doy una mano con eso.

Profesor: Combinar los sabores, los colores... puro placer... cortar los vegetales...

- Laura:** Sí, eso suena muy bien pero cocinar se ve de otro modo cuando hay que preparar todas las comidas, todos los días, para una familia... Yo tengo un hijo de un año y la cuestión no es solamente cocinar. Tenemos que planificar con tiempo, así que hacemos una compra mensual grande en el súper y, una vez por semana, yo busco verduras y frutas frescas...
- Sarah Bowen (en off):** A veces, cocinar es algo placentero. Pero también es una actividad llena de presiones relacionadas con el tiempo disponible, con la necesidad de cuidar el presupuesto familiar y con la carga de tener que complacer a otros (Bowen, Elliott & Brenton, 2014).
- Sinikka Elliott (en off):** Y cocinar no es solamente el tiempo que lleva preparar una comida. También implica planificar de antemano para asegurarse que se contará con los ingredientes necesarios, y limpiar todo una vez concluida la tarea (Bowen, Elliott & Brenton, 2014).
- Laura:** ...me encargo de hacer la lista de la compra pensando en lo que mi hijo necesita comer (y mi esposo y yo, por supuesto) y tomando en cuenta nuestro presupuesto familiar. Y, claro, cuando hago la compra en la verdulería, después me ocupo de guardar todo (*Comienza a pelar una cebolla. Sus ojos se llenan de lágrimas y los seca con un pañuelo de papel*).
- Joslyn Brenton (en off):** Algunos se refieren con nostalgia a una época en que la gente producía su propia comida y se sentaba a comer [en familia] alrededor de una mesa, pero lo que no ven es todo el trabajo invisible que está involucrado en la planificación, la preparación y la coordinación de las comidas familiares (Bowen, Elliott & Brenton, 2014).
- Marcela:** Yo, por ejemplo, estoy con un ojo en el trabajo y otro en mi casa; tengo que saber si va a faltar comida, cosas del súper, si llego a hora para cocinar... En mi casa, todo depende de mí, las cosas de mi casa son exclusivamente mías ¡Yo, con mi marido, no cuento para nada! Lo poco que hace es cocinar unos fideos, pero hasta eso tengo que supervisar. Si yo tengo que salir y él se queda, y si llega la hora de la cena, les dará de comer a las nenas lo poco que sabe hacer.
- Laura:** Es que no es común que los hombres cocinen todos los días. Mis amigas se quejan de que sus maridos no cocinan nunca, a menos que sea muy

necesario... Cuando ellas viajan o están enfermas, por ejemplo. (*Termina de cortar una cebolla y se limpia las manos*). Y en mi casa, aunque mi esposo cocina, yo hago todo lo demás. Entonces, más o menos, pongo en la alacena y en la heladera lo que hay. Entonces, ¿él qué va a cocinar, si es lo que hay? Yo creo que la mujer pone las pautas de la comida en una casa...

Facundo: Mi mujer me deja en la heladera, qué se yo, un pollo cocinado, unos ravioles, y yo mezclo todo y comemos... y eso la alivia un poco.

Nicolás: Yo cocino para mis hijas todos los días. Mi esposa trabaja y estudia, así que yo les hago el almuerzo. Pero sinceramente, a mí no me gusta cocinar (*Pica rápidamente un pimiento en trozos pequeños y parejos*). Cocino en cuestiones de, digamos, de emergencia cuando, por ejemplo, mi esposa no puede cocinar; que, ahora, es la mayoría del tiempo. Y teniendo hijas, es obligatorio cocinar.

Ema: A mi marido, en cambio, le gusta mucho estar en la casa... Si yo le digo que me ayude con algo, él no tiene drama; o sea, él me ayuda un montón. No lo pongo cocinar, ni nada, pero le digo: “Ayúdame” y él cocina... no tiene problemas.

STOP.

La escena se congela por un momento. Un reflector ilumina suavemente la primera fila frente al escenario, en donde Alejandra y María Marta están comiendo palomitas de maíz, observando y tomando notas.

Alejandra: ¿Le gusta mucho o “no tiene problemas”? No es lo mismo.

María Marta: Dice que “no tiene drama...”

Alejandra: Lo que está lejos de significar que de verdad le agrade. Ella le pide y él lo hace.

María Marta: Estos varones –los que están presentes y sobre los que se habla– parecen asumir algunas responsabilidades hogareñas pero siempre en el papel de “ayudantes” o “colaboradores”.

Alejandra: Y su tarea parece ser siempre condicional.

Emilia: No estoy de acuerdo...

María Marta y Alejandra: ¿Quién habló?

La escena se reanuda.

Emilia: No acuerdo con lo que están diciendo ustedes dos. Con mi pareja somos muy equitativos, si bien yo hago la mayor cantidad de cosas en la casa. Carlos cuando puede me ayuda... En lo que más colabora es en el tema de la comida, que a él le gusta mucho. Siempre que está en casa, que no es la mayoría de las veces, me ayuda con la comida y eso. Es muy equitativo todo.

STOP.

Alejandra: Un segundito... ¿dijo *equitativo*?

María Marta: Sí. Y después dijo que cuando él “puede” la “ayuda”, y que “no es la mayoría de las veces”.

Mabel Gracia Arnaiz (en off): “la responsabilidad femenina de la alimentación cotidiana tiene que ver con lo que se considera una transmisión natural de los trabajos domésticos a las mujeres y, en particular, con la asunción, también natural, del cuidado de los miembros del grupo doméstico” (2009: 211).

Alejandra: La socialización de lo biológico...

María Marta: ...y la biologización de lo social (Bourdieu, 2000).

La escena se reanuda.

Emilia: No le molesta ayudarme de vez en cuando con la cocina, para nada.

Mabel Gracia Arnaiz (en off): “El incremento de la participación masculina en determinadas tareas alimentarias no ha significado asumir la responsabilidad, sino una parte de los contenidos de los trabajos... En muy pocos casos, la participación masculina pasa por organizar el aprovisionamiento para la siguiente semana teniendo en cuenta lo que

queda en la despensa y la nevera, el gusto y preferencias de todos los miembros, el presupuesto o el tiempo que se deberá invertir. Estas tareas siguen siendo básicamente femeninas” (2009: 230-231).

Facundo: Cuando nació la nena, con mi mujer hicimos un acuerdo más justo, así que nos repartimos las tareas de la casa. Yo la ayudo con la comida y con la ropa y, si puedo, voy al súper los sábados.

STOP.

María Marta: A ver, revisemos nuestras notas.

Alejandra (*lee en voz alta*): De acuerdo con lo que nuestros actores y actrices señalan, las actividades laborales y domésticas estarían distribuidas de manera *justa*, o bien, *equitativamente* entre varones y mujeres.

María Marta: Pero también sostienen que los varones asumen *algunas* tareas domésticas *siempre que* estén en condiciones de hacerlo...

Alejandra: *Si están* en la casa, *si tienen* tiempo...

María Marta: O *si se les solicita* directamente que las realicen...

Alejandra: Si la mujer está afuera u ocupada haciendo otras actividades domésticas...

María Marta: ¿Dónde estaría lo *equitativo*? ¿Qué sería entonces *justo*?

Alejandra: Lo interesante es que el concepto de equidad en la realización de tareas domésticas surge entre las mujeres como algo concreto, aún cuando resulta evidente que no existirá tal equidad en las responsabilidades si la participación del varón se presenta siempre como condicional y como una ayuda.

Alejandra y María Marta: Y aunque las tareas domésticas no parecen encontrarse realmente distribuidas de manera equitativa en el seno de la familia nuclear, la igualdad entre los géneros se presenta en el discurso como algo materializado. Pero lo que vemos aquí es que la figura del *varón-ayudante* se complementa con la de *mujer-pilar-del-hogar* que sería, por “naturaleza”, la principal responsable de la casa, los hijos y, en ese marco, de la alimentación de la familia.

La escena se reanuda. Todos los personajes ahora están uno junto a otro en el proscenio.

- Marcela:** si yo tengo que salir y él se queda...
- Facundo:** por ahí le doy una mano...
- Nicolás:** cuando mi esposa no está...
- Laura:** o si está enferma...
- Ema:** él no tiene drama...
- Emilia:** cuando él puede...
- Marcela:** si él está...
- Laura:** yo me encargo... me ocupo... de planificar... del presupuesto familiar... de la lista de la compra...
- Marcela:** las cosas de la casa son exclusivamente mías...
- Nicolás:** cocino en cuestiones de emergencia...
- Facundo:** y eso la alivia un poco...
- Marcela:** pero todo depende de mí.

En el escenario las luces comienzan a apagarse una a una, hasta dejar sólo iluminados los personajes femeninos. Las figuras de los varones se esfuman en la oscuridad.

Telón.

4. REFLEXIONES FINALES

La resolución de la alimentación cotidiana al interior de los hogares supone una “tarea compleja, de alta frecuencia y que implica una dedicación particular” en tanto debe lidiar con “la organización del tiempo, el presupuesto familiar, los gustos personales, el cuidado y la salud de los miembros del hogar” (Mabel Gracia Arnaiz, 2009: 223). En este sentido –y como buscamos mostrar a través de nuestro etnodrama–, no obstante los cambios estructurales ocurridos a lo largo del siglo XX en nuestra sociedad –incluyendo la progresiva incorporación de las mujeres al mercado de trabajo–, esta tarea continúa considerándose “naturalmente” asociada a la mujer.

En ninguno de los ejemplos aquí expuestos –ni en las entrevistas que hemos realizado y que alimentan este artículo– las mujeres se refirieron al trabajo doméstico como el acto de “ayudar” al varón, así como ellos nunca hablaron de ser ayudados. Para las mujeres, ocuparse de la casa es un “hacer” –que se presenta en el texto a partir de verbos diversos–, una práctica entendida como natural y dada, y que se supone responde al orden de la vida. Considerado un designio de la naturaleza y no una construcción social, el lugar femenino en el ámbito doméstico –en el que la alimentación ocupa un lugar privilegiado– no suele ser cuestionado.

Los varones, si bien se han acercado a la cocina y, en muchos casos, se ocupan con frecuencia de la preparación de los alimentos para la familia, guardan con esta actividad una relación de menor compromiso. En efecto, ellos manifiestan experimentarla como una contribución temporal, opcional e, incluso, placentera, no forzosamente ligada al cuidado de los demás miembros del hogar. Probablemente esto también se relaciona con el hecho de que se ocupen principalmente de cocinar pero no necesariamente de proveerse de los ingredientes, de disponer de las sobras y de limpiar los utensilios y el espacio utilizado durante la preparación de la comida, tareas que son realizadas por las mujeres de la casa o por el personal doméstico, en los casos en que es posible contar con el mismo.

No obstante, negar el avance masculino en un terreno antes entendido como exclusivamente femenino sería cerrar los ojos ante la realidad, ya que cada vez más los varones asumen responsabilidades relacionadas con lo doméstico. Aún así, es preciso subrayar que dicho avance aún está lejos de significar un reparto equitativo del peso de la tarea al interior del hogar. Y también de materializarse en los discursos sociales en donde los espacios asignados históricamente por las normas de género tradicionales se mantienen y reproducen, y se dejan entrever en los relatos de los entrevistados.

En las mencionadas entrevistas –plasmadas en el etnodrama antes presentado–, el marco temporal que se señala es inmediato y sincrónico: el varón *ayuda* en la casa porque *está, se queda, no sale* (no se mueve) y entonces se encuentra en condiciones de asumir alguna de las responsabilidades domésticas para *colaborar* con la mujer y aliviar en alguna medida el agobio que ella vive a partir de su doble jornada laboral y

doméstica. Así, la figura del *varón-ayudante* se complementa con la de *mujer-pilar-del-hogar* que se construye, por supuesta naturaleza, como la principal responsable de la casa y los hijos. Esta línea de razonamiento contradice las afirmaciones que subrayan situaciones de equidad o justicia en la distribución de tareas domésticas.

La noción de “*equidad*” y, específicamente, lo relacionado a la alimentación, surge entre la mayoría de las mujeres entrevistadas –y en algunos de los varones– como algo evidente, aún cuando la participación masculina siempre se presente en los relatos como eventual. Dos términos riñen en este aspecto: *equidad* y *colaboración*. Según los entrevistados de ambos géneros:

- Las actividades domésticas se encuentran distribuidas *equitativamente* entre varones y mujeres, pero...
- Los hombres hacen algunas tareas domésticas *siempre que estén* en condiciones de hacerlo –*si están* en la casa, *si tienen* tiempo– o *si se les solicita* específicamente que las realicen.

El hecho de que la participación masculina se encuentre sujeta a una condición (o varias) refuta la afirmación que apunta a una distribución de esfuerzos equitativa: si de verdad hubiera justicia, entonces no habría ayudantes ni ayudados sino personas trabajando a la par y compartiendo responsabilidades en partes iguales. Pero el discurso no deja entrever tal situación sino la reproducción de un tipo de organización familiar en donde la mujer aún “reina”.

La perdurabilidad de las normas de género tradicionales, plasmadas en los discursos y también asidas a la realidad de las familias argentinas actuales, refiere a cuán profundamente incorporados tenemos mujeres y varones los aprendizajes transmitidos por generaciones, lo que da cuenta de lo que Catalina Wainerman (2007) ha denominado *revolución estancada*: una revolución que aún no termina de ajustarse y que se expresa en las prácticas y discursos sociales.

Nuestro trabajo de investigación se limita a familias nucleares, heterosexuales, constituidas por varones y mujeres argentinos menores de cuarenta años. Se abre el interrogante entonces hacia familias caracterizadas por otras condiciones objetivas de existencia, en la búsqueda de discursos superadores que desafíen los sentidos de género cristalizados.

5. DESPUÉS DEL FINAL...

Tomando otro café, y habiendo cerrado nuestro artículo, nos imaginamos por un momento una sociedad donde varones y mujeres fueran capaces de compartir de forma realmente equitativa la responsabilidad de la alimentación, en particular, y del cuidado, en general, de los integrantes del grupo familiar. Incluso, nos atrevemos a pensar en hogares multiparentales donde los roles ya no estén asociados al género, donde crezcan niños con diferentes lazos de parentesco (y no necesariamente de consanguinidad). En hogares así, la cocina podría experimentarse no solo como una tarea doméstica compartida, sino también como una invitación al aprendizaje y a la creatividad, un laboratorio de química y física, un espacio donde educar en el respeto y el cuidado de los otros (en un sentido amplio: humanos, no humanos, la naturaleza toda...).

Pero, claro, tales reflexiones pertenecen (¿casi?) al ámbito de la ciencia-ficción. Y ese sería un tema para otro (y muy diferente) etnodrama...

6. BIBLIOGRAFÍA

Alexander, B.K. (2013). "Etnografía performativa. La representación y la incitación de la cultura". En Denzin, N.K. y Lincoln, Y.S (comps.), *Manual de Investigación Cualitativa. Volumen III*, Barcelona, Ed. Gedisa, 94-153.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.

Bowen, S., Elliott, S. y Brenton, J. (2014). "The joy of cooking?", *Contexts*, Vol. 13, Num. 3, 20-25.

Carbonero Gamundí, M. y Levin, S. (coords.) (2007). *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, Rosario, Homo Sapiens.

Denzin, N. K. (2003a). *Performance ethnography. Critical pedagogy and the politics of culture*, Thousand Oaks, CA, Sage.

Denzin, N. K. (2003b). "The call to performance", *Symbolic Interaction*, Vol. 26, Núm. 1, 187-207.

Denzin, N. K. (2014). *Interpretive Autoethnography*, Thousand Oaks, CA, Sage.

Denzin, N. K. (2015). "Haciendo [auto]etnografía políticamente", *Astrolabio Nueva Época*, Núm. 14, 224-248.

Fraser, N. (1997). *Iustitia interrupta: reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Bogotá, Ed. Siglo de Hombres.

Given, L.M (2008). "Performance ethnography". En Given, L.M. (ed.), *The SAGE Encyclopedia of Qualitative Research*, Thousand Oaks, CA, Sage, 608-612.

Gracia Arnaiz, M. (2009). "¿Qué hay hoy para comer?: alimentación cotidiana, trabajo doméstico y relaciones de género", *Caderno Espaço Feminino*, Vol. 21, Núm. 1, 209-237.

Gracia Arnaiz, M. (2014). "Alimentación, trabajo y género. De cocinas, cocineras y otras tareas domésticas", *Panorama Social*, Núm. 19, 25-36.

Guasch Andreu, O. (2003). "Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: tipos ideales de masculinidad". En Valcuende del Rio, J. y Blanco Lopez, J. (eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, 113-124.

Martínez, A. (2015). “The first death of my father: reflecting on masculinity, illness, and work”, *International Review of Qualitative Research*, Vol. 8, 408-418.

Martínez, A. (2016). Reflexiones sobre género y familia a partir de condiciones objetivas de existencia. II Congreso AAS – Pre-ALAS, Foro Sur Sur, Villa María, Argentina, 6-8 de junio.

Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad, ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Barcelona, Ed. Gedisa.

Saldaña, J. (1999). “Playwriting with data: Ethnographic performance texts”, *Youth Theatre Journal*, Vol. 13, Núm. 1, 60-71.

Tedlock, B. (2013). “La observación de la participación y el surgimiento de la etnografía pública”. En Denzin, N.K. y Lincoln, Y.S (comps.), *Manual de Investigación Cualitativa. Volumen III*, Barcelona, Ed. Gedisa, 198-227.

Tilley-Lubbs, G.A. (2011). “Border crossing: (Auto)ethnography that transcends immigration/imagination”, *International Review of Qualitative Research*, Vol. 4, Núm. 4, 385-402.

Valcuende del Río, J. M., y López, J. B. (eds.) (2003). *Hombres: la construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa.

Wainerman, C. (2007). “Familia, trabajo y relaciones de género”. En Carbonero Gamundí, M., y Levin, S. (coords.), *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, Rosario, Homo Sapiens.

* * *

María Marta Andreatta se desempeña como investigadora adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), donde desarrolla investigación cualitativa en torno a la alimentación en la ciudad de Córdoba, Argentina. Es Licenciada en Nutrición y Doctora en Ciencias de la Salud. Durante el año 2015 realizó una estancia postdoctoral en la University of Illinois at Urbana-Champaign con beca Fulbright y bajo la dirección de Norman K. Denzin.

Alejandra Martínez es investigadora adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente en grado y postgrado. Es Doctora en Ciencias Sociales y Magíster en Sociología, y ha llevado a cabo su postdoctorado en la University of Illinois at Urbana-Champaign, con beca Fulbright. Ha publicado numerosos artículos utilizando diferentes técnicas enmarcadas en la etnografía performativa. Sus intereses de investigación giran en torno a los estudios de género y, específicamente, de las masculinidades.